

Y la violeta oculta entre las frondas
Donde su azul pupila reverbera.

¡Ojos azules de mi bien amada!
Al morir por vosotros os bendigo,
Bendiciendo la selva perfumada
En donde ayer se la encontró conmigo.»

1885.

POEMAS ÍNTIMOS

LOS DOS SUEÑOS

I.

Ya lo ves, alcanzamos el bien distante.
Dime si hay en la tierra dicha ninguna
Como la que sentimos en el instante
En que tranquilo duerme sobre la cuna.

Míralo, se sonríe; será que sueña;
Lo que estará soñando no me imagino,
Que secretos tan hondos amor no enseña;
Lo que piensas al verlo, si lo adivino.

Al verlo sonriente plegar el labio,
 Tu corazón de madre, de dicha lleno,
 Si yo digo:—Mañana será muy sabio,
 Replica con ternura:—Será muy bueno.

Y será las dos cosas, si; ¿quién lo duda!
 Tú formarás su alma dentro del nido;
 Y estudiando de nuevo, yo, con tu ayuda
 Le enseñaré hasta ciencias que no he sabido.

El hogar me sujeta con dulces lazos;
 Mi amor se purifica, crece y se eleva;
 Que al mirarle dormido sobre tus brazos,
 Renacer me parece con vida nueva.

II.

No se va, se lo llevan callado y frío
 En el fúnebre carro lleno de flores.
 Ya no he de verte nunca, ¡pobre hijo mío!
 Ya me dejas á solas con mis dolores.

Una mano funesta de aquí te arranca,
 Serena é inflexible la caja cierra;
 Esa caja mortuoria, pequeña y blanca,
 Que pronto ha de ocultarse bajo la tierra.

Ya te alejas camino del camposanto,
 Y el cielo está tranquilo, puro y riente;
 Sólo la triste madre, bañada en llanto,
 En la cuna vacía hunde la frente.

¡Padre del universo, Dios implacable,
No te pido clemencia, justicia pido
Sin hablar de mis penas, que soy culpable.
Ella y él, inocentes, ¿cómo han sufrido!

1889.

FANTASMAS

—Si es cierto, me dijiste conmovida,
Que abandonando su retiro eterno,
Suelen volver los muertos á la vida,
En las calladas noches del invierno;

Que si sufren, con voz aterradora
Demandan de los vivos las plegarias,
Y sólo á los reflejos de la aurora
Retornan á sus tumbas solitarias;

Si es cierto, y él viniera y profanado
Hallara el lecho que dejó vacío,
¡Qué dijera si al vernos, indignado
Pidiese cuenta del perjurio mío!

De cómo pude yo, falaz y artera,
Jurar que nunca de tu amor los lazos
El alma, que era suya, hallar pudiera,
Si me entregaba en tus amantes brazos.

Por eso tengo, de la estancia obscura,
Hondo terror que dominar no puedo.
No me dejes; la aurora aun no fulgura;
Aproxímate más, que tengo miedo.

Mira; con clara luz—¡luz importuna!—
Alumbra el cementerio de la aldea
Impasible y fatídica la luna....
Túrbase mi alma y mi razón flaquea.

Porque al mirar el blanco campanario
Entre la sombra que proyecta el huerto,
Me parece que envuelto en el sudario
Se alza terrible el engañado muerto.

Y de sus pasos fingeme el ruido
El murmullo del viento entre las hojas....
—Como tanto te quiero, no he reído,
Te dije, de esas fútiles congojas.

Los muertos nunca vuelven á la tierra;
Deja temores locos y pueriles,
Y olvida la patraña que te aterra,
Digna sólo de cuentos infantiles.

Sus miembros quedan en la tumba opresos;
Ni celos siente, ni el pesar le acosa,
Y ni al rumor de nuestros dulces besos
Alzar intenta la pesada losa.—

Sentí agitarse tu ardoroso pecho,
Olvidamos el triste camposanto,
Y unidos en la sombra, en lazo estrecho,
Busqué tus labios y enjuagué tu llanto.

Hoy mi huésped constante es el hastío,
Y hay en mi corazón tanta tristeza,
Que late enfermo y desolado y frío
Sin que haya encanecido la cabeza.

Ni esperanzas abriga en lo futuro,
Ni lo engañoso del pasado anhela:
La nieve de un invierno prematuro,
Más que la escarcha de la edad, nos hiela.

Sólo en noches de insomnio, entre la sombra
Donde la vista fatigada pierdo,
Se levanta un fantasma que te nombra:
Fantasma de tu amor es tu recuerdo.

No es un fantasma de pasados bienes,
De blanca veste y fulgurantes galas,
Que dé frescura á mis marchitas sienes
Con el contacto de sus níveas alas:

Más que la sombra es negro su ropaje;
Es su beso morboso ascua que quema;
Sus palabras de amor son un ultraje,
Y su presencia sola un anatema.

Cierro los ojos, cúbrome la frente;
Mas él lleva sus labios á mi oído,
Y me culpa de abrirte la pendiente
Del abismo sin fondo en que has caído.

Me cuenta tu abandono, tus desvelos,
Tus torpes dichas de mujer manchada.....
Y hasta que luce el sol sobre los cielos
No abandona el espectro mi morada.

Y ya comprende el alma conmovida,
Cuando la hiere el torcedor interno,
Cómo hay muertos que vuelven á la vida
En las calladas noches del invierno.

EN SECRETO

Y todo era propicio...
Confianza, y silencio,
Más que nada, tú misma
Quemándote en deseos:

Con las manos crispadas,
Los ojos entreabiertos,
Los labios encendidos
Mojados por mis besos;

En ardorosa angustia
Alzándose tu pecho,
Plétora de suspiros
Oprimiéndote el cuello,

Y palpitando entera
Bajo del traje suelto
Que en curvas tentadoras
Modelaba tu cuerpo.....

Bien haces en odiarme;
Hice mal, lo comprendo,
Y al decirlo me asalta
Retrospectivo vértigo:

Pensé en tus quince años,
Pensé en el noble viejo
Que me llamaba amigo
Y me juzgaba bueno;

Cruzó por mi memoria
Un terrible recuerdo,
Y antes que ser infame
Quise pasar por necio.

Pero hoy todo ha cambiado,
Pero hoy todo es diverso:
Eres rica, eres libre,
Llevas un nombre egregio,

Te alaban los más altos,
 Te admiran los discretos
 Aunque de ti refieran
 Escandalosos cuentos:

Y ya que á tus rencores
 Tregua diste un momento,
 Y que ha poco al mirarme
 Sonreíste de nuevo,

Apóyate en mi brazo,
 Te lo diré en secreto...
 Lo que dejé en las ramas
 No recojo del suelo.

CONFIANZA EN DIOS.

Historia de un soldado.

¡Qué confianza la fe nos presta!
 —Mira, la dije, solemne y muda
 Allá en la torre la cruz enhiesta
 Dice al que sufre que al cielo acuda.

¿A qué zozobras y á qué temores?
 Ten fe, y espera siempre que reces:
 Dios nos protege; por mí no llores,
 Que el cielo ha oído tus justas preces.—

Callé, y su brazo ciñó mi cuello
 Mientras lloraba por mi destino;
 Besé la trenza de su cabello,
 Y confiado tomé el camino.

Pasaron días, corrieron años;
 Libre y gozoso llamé á su puerta,
 Y me dijeron los desengaños:
 «No te merece, dala por muerta.»

Volví á la lucha, y en tierra extraña
 Dios, que es muy bueno, salvó mi vida,
 Y he regresado de la campaña
 Herido el cuerpo y el alma herida.

Y ésa es la torre, la cruz es ésta;
 Mas ya no ofrece favor y ayuda.
 ¡Rotos los brazos se yergue enhiesta,
 Y es como el alma que hirió la duda!

1889.